Intérpretes

Orfeón y Escolanía Ciudad de Cuenca
Carlos Lozano (Barítono)
Manuel Ariza (Órgano)
Antonio Fauró (Director Musical)

Agradecimientos

Miguel López
José Antonio Esteban Usano
(Realizador de las notas al programa)
Hospital de Santiago de Cuenca
Parador de Turismo de Cuenca

Requiem op. 48 de Gabriel Fauré

Uno de los fines principales de una misa de difuntos, llamada también de réquiem, dejando a un lado otras consideraciones litúrgicas o dogmáticas, es servir de consuelo, al menos sicológico, con la esperanza de una vida más dichosa posterior a la muerte. Y así es como consideraba Gabriel Fauré este momento: "*una feliz liberación, una aspiración a una felicidad superior, antes que una penosa experiencia*", en palabras del propio compositor.

No es de extrañar, por tanto, que Fauré, firme defensor junto con su maestro Saint-Saëns de los valores de la música francesa en un tiempo en que el interés predominante era imitar el estilo romántico alemán, se separara conscientemente de la tendencia decimonónica a la hora de encarar la composición de su Réquiem. "*¡Después de tantos años acompañando con el órgano servicios fúnebres! Me lo sé todo de memoria. Yo quise escribir algo diferente*", llegó a decir Fauré.

Así, no esperen sentir el temor que atenazará a los hombres el día de la ira (*Dies irae*); ni temblar con el espantoso sonido de las trompetas que anunciarán la llegada del Juez Universal (*Tuba mirum*); ni verse abrumados por grandes masas corales o portentosas exhibiciones belcantistas que, a modo de coros angélicos, despierten de su sueño a los que yacen en sus sepulcros. Para todo esto, acudan a los mucho más aparatosos réquiems que compusieran Mozart, Cherubini, Berlioz o Verdi, por citar algunos de los más famosos.

Por el contrario, en la obra que hoy nos ocupa domina la simplicidad, la sobriedad modal en la polifonía y las melodías casi salmódicas. El drama está presente, pero siempre tenue y soterrado. Los solistas son utilizados con concisión y la orquesta, a pesar de ser nutrida, busca siempre la transparencia y el lirismo llegando, incluso, a la simplicidad casi infantil del último número. El clima es decididamente recogido y, según escribió su alumna Nadia Boulanger, "*ningún efecto externo disminuye su gran y severa expresión del dolor, ningún tipo de ansiedad o agitación perturba su profunda meditación, ninguna duda empaña su insaciable fe, su dulce confianza, su tierna y tranquila esperanza*" (programa de mano del estreno parisino de la obra en 1936). Con todo ello colabora, quizá, la elección de la tonalidad de Re, mayor o menor, para cuatro de sus números, la cual, desde los tiempos del Barroco, se utilizaba para la expresión de afectos de solemnidad y religiosidad (según Charpentier), o de dulzura y tristeza (según Rameau).

La única característica común con las obras antes citadas es que, en ningún caso, puede servir para uso litúrgico, pues los cambios en los textos latinos lo hacen inviable. En esto sí se suma al grupo de compositores que, desde Mozart, en un proceso que llega, en su extremo, hasta el siglo XX con obras como la *Sinfonía Litúrgica* de Honegger, forzaron un desplazamiento expresivo de la misa de difuntos hasta convertirla en algo semejante a un oratorio programático. Porque, para todos ellos, lo más expresivo de los textos latinos estaba precisamente en las partes que litúrgicamente eran marginales.

El Réquiem de Fauré es de ello representativo ya que, de sus siete números, tres no pertenecen a la liturgia propiamente dicha: el versículo *Pie Jesus*, que sustituye al Beneditus, absolutamente preceptivo en la misma y los dos últimos *Liberame* e *In Paradisum* que, a modo de seráfico postludio, poseen textos del ritual del entierro, ajenos por tanto a la misa.

La historia de la génesis y los primeros estrenos de la obra no deja de ser accidentada. Hasta finales de la década de 1980, la versión para orquesta era la única conocida. Posteriormente, el descubrimiento del material original de las interpretaciones en la iglesia de La Madeleine, donde Fauré tenía el cargo de organista, corregido y en parte copiado por el propio compositor, hizo posible la reconstrucción de la primigenia versión de 1893. El núcleo de la obra data del otoño de 1887 y Fauré sólo tuvo tiempo de completar parcialmente la orquestación, que no obstante era un tanto atípica (violas, cellos, órgano, arpa y timbales). Esta primigenia versión se interpretó en 1888 para unos servicios fúnebres. Unos meses después añadió dos trompas y dos trompetas. El solo para barítono del *Offertorium* se integró en 1889. El *Libera me*, escrito inicialmente en 1877 para voz y órgano, fue incorporado al Réquiem en 1891, lo que supuso la adición de tres trombones al conjunto. Esta original orquestación posee un color oscuro sin caer en lo tenebroso.

La versión final para orquesta se gestó en un viaje a Londres realizado en 1898 con el fin de dirigir el estreno de su *Pelléas et Mélisande* donde conoció a Edward Elgar. Inmediatamente se creó entre ellos una corriente de simpatía y fue el mismo Elgar quién animó a Fauré a orquestar el Réquiem para estrenarlo en Londres. La orquestación (diseñada, parece ser, por uno de sus alumnos, probablemente Jean Roger Ducasse) fue terminada en 1900 y añadía las maderas y el grueso de los violines. Pese a los esfuerzos realizados por el músico inglés, ésta no se llegó a estrenar en vida del compositor.

En 1924, como consecuencia de la muerte de Fauré, se interpretó la versión primitiva de 1887 para voces y órgano (que es la que hoy escucharemos).

Finalmente, doce años después, en 1936, y a dos de acontecida la muerte de Elgar, tuvo lugar, por fin, el estreno del Réquiem en su versión orquestal. Fue en Londres, bajo la dirección de Nadia Boulanger, quien también dirigió el estreno parisino semanas después.
A pesar de que Fauré era de pensamiento agnóstico, pocas obras como la suya, donde la emoción religiosa y una sensualidad armónica casi hedonista se unen efusivamente, están tan marcadas por las huellas del catolicismo francés. Con su Réquiem, el genio de Fauré ha encontrado un lugar para comunicarse con el conjunto de los hombres y, en definitiva, alcanzar la inmortalidad.

José Antonio Esteban Usano

Programa

Requiem, G. Fauré

Requiem
Kyrie
Offertorium
Sanctus
Pie Jesus
Agnus Dei
Lux Aeterna
Liberame
In Paradisum

Diseño: Miguel López (VPMMMM)

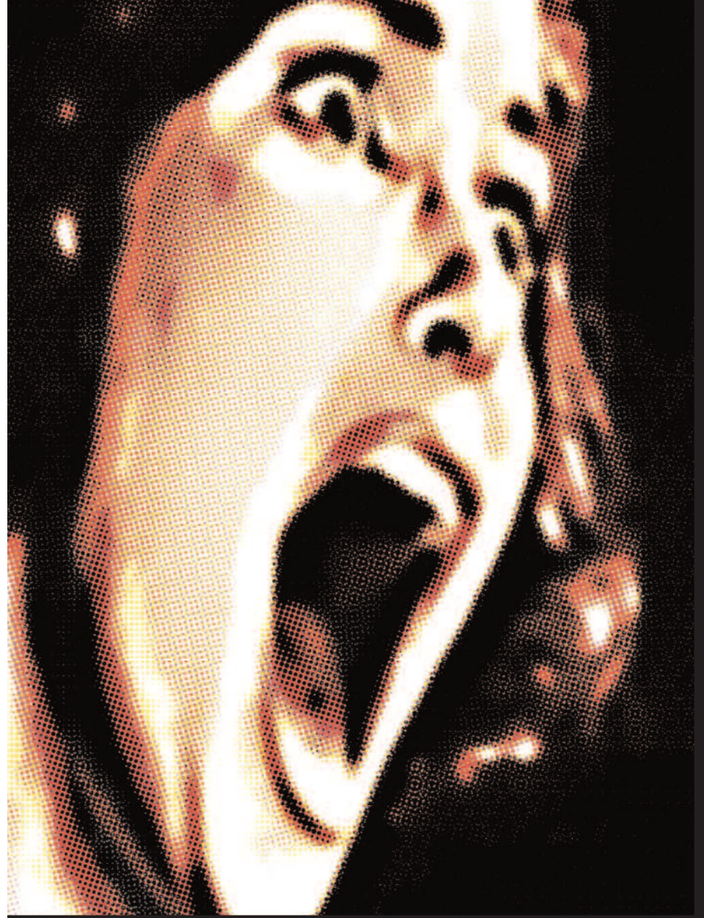
orfeón ciudad de cuenca

Escolanía Ciudad de Cuenca

TEATRO AUDITORIO CUENCA

Fundación de Cultura Ciudad de Cuenca

AYUNTAMIENTO DE CUENCA



Requiem de G. Fauré / El Orfeón en acción
Iglesia de San Miguel / 10 de noviembre de 2012

Temporada de conciertos 2012-2013 Cuenca ciudad de música